

Isabel Margarita Henríquez

Aguafiestas,
Kioku Ho
y otros cuentos

Comarca de Narradores

Isabel Margarita Henríquez

Aguafiestas, Kioku Ho y otros cuentos

Isabel Margarita Henríquez Valdés

@Derechos Reservados

Solicitud CRIN 1qn8zl

Fondo Editorial Comarca de Narradores

Escritor a cargo de la edición Hernán Narbona Véliz.

El contenido de este libro no puede reproducirse, duplicarse o transmitirse sin el permiso directo por escrito del autor. Bajo ninguna circunstancia, cualquier responsabilidad legal o culpa será contra el editor por cualquier reparación, daño o pérdida monetaria debido a la información aquí contenida, ya sea directa o indirectamente.

Aviso legal: No puede modificar, distribuir, vender, usar, citar o parafrasear ninguna parte del contenido de este libro sin el consentimiento del autor.

Año Edit.: 2023 - Sevilla - España

ISBN:

Edit.: Antonio Jesús Tejada Martínez - **Publicamos tu libro**

Dedicatoria

*Dedico este libro de cuentos a mi familia,
Eloísa, Felipe, Ignacio, Loreto y Jorge.
por la paciencia que tuvieron cada vez que
yo iba a talleres literarios.*

Reseña de la Autora

Margarita Isabel Henríquez Valdés, es escritora, tallerista; Terapeuta Gestalt Hakomi, Facilitadora Grupal. Ha dictado numerosos talleres terapéuticos de motivación a la escritura creativa. Los relatos que compila en este libro han sido publicados en numerosas antologías y revistas. El presente libro queda como un aporte a la preservación de la Memoria, en el año de conmemoración de los 50 años del golpe de Estado.

Participa activamente en la Comunidad Literaria Mailén Internacional. Recientemente ha presentado su libro de cuentos para niños y adultos, “El Mundo de Greta”. Se ha incorporado como socia a la Filial Valparaíso de la Sociedad de Escritores de Chile, SECH-V.

Prefacio

Los relatos compilados en esta obra llevan el trazo fino y preciso de una narradora de fuste, Isabel Margarita Henríquez, quien logra transmitir emotividad y suspenso, en historias realistas y de época, en un ejercicio de memoria cercano a la crónica urbana; pero simultáneamente, entregando historias dulces, que va fabulando con gran ternura o ironía. Dejando explícitas diversas situaciones del alma humana. Isabel Margarita logra involucrar, hacer cómplice al lector de sus relatos, para dejar mensajes que induzcan a conductas positivas y de armonía.

Es parte, quizás, de su impronta personal como instructora de Gestalt y monitora en talleres terapéuticos, de motivación a las letras. Ámbitos quizás contradictorios, el cuento realista y la fábula, que van sorprendiendo y que Margarita ve dejando en forma espontánea en la serie de historias, episodios y miradas que conforman su obra.

Nos complacemos en editar un libro que está escrito con sencillez, al filo de lo real, conmoviendo por el coraje y temple que sus personajes despliegan.

Hernán Narbona Véliz - Fondo Editorial Comarca de Narradores

Prólogo

“Si me preguntas qué vine a hacer en este mundo, yo, un artista, te responderé: ¡Estoy aquí para vivir en voz alta!”. (Émile Édouard Charles Antoine Zola. Francia. (1840 – 1902)

Un mundo de impresionantes realidades conjugadas en expresiones precisas, que nos invitan a imaginar historias basadas en una realidad transformadora, es la narrativa de Margarita Henríquez, quien no titubea para contarnos a través de los personajes que se hilvanan en diferentes emociones humanas insondables.

No puedo dejar de pensar en la literatura del yo, pues las experiencias personales son temáticas de escritura desde que el mundo es mundo, así nos encontramos con autores como Dante Alighieri, el Arcipreste de Hita, Marcel Proust, Louis-Ferdinand Céline, Jorge Semprún, Marguerite Duras, entre otros.

Esta literatura del yo es un género literario que procede de lo biográfico del autor con la estrategia lingüística que le va dando el arte de la palabra, el poder desafiar las fronteras entre la realidad y la ficción, es lo que encontramos en los relatos de la autora. Este tipo de literatura del yo vino a renacer, preponderantemente, en la pandemia del 2020, en cuarentenas, cuando la necesidad de expresar nuestra interioridad desde el yo se nos transformó en protagonista de nuestra vida.

Así la autora de estos relatos relaciona el realismo social y la autoficción del mismo, donde encontramos situaciones en que el dolor profundo viene a resignificar nuestra esencia humana, que en sus sueños nos ofrece una imaginación creadora. Tenemos títulos como “La Panadera” con sus personajes insertos en su pobreza; “Derechos Laborales” se entremezcla con la autoficción; tal como la “Carta que no mandé”, está la magia del “Gato Peteco” con todas las misteriosas 7 vidas de estos felinos, tan filósofos y que nos transmiten su paz y la capacidad de observación, pese a los desdenes humanos que tienen que soportar.

Me encontré con cuentos, fábulas, leyendas; permítanme destacar el cuento “Aguafiestas”, cuyo significado es el que estropea o interrumpe una diversión o un momento de alegría, es lo que sucede con la joven protagonista y su sonoro quehacer doméstico que simboliza una protesta ante la solemnidad instalada en una cena del fascismo, plena de manjares y entorno elegante imponente, ella no se subyuga y comienza a interpretar una canción de Víctor Jara. Además, el suspenso del relato “El bus de la ETCE”, viví todas las emociones e imaginé los peligros que corría la protagonista en el tiempo de la dictadura en Chile.

Con gran maestría, Margarita Henríquez nos lleva por este mundo narrativo a vivir las historias de los personajes y logra que, como lectores o lectoras, entremos a ser un personaje más. Por ejemplo, en el relato Coyote o Correcaminos se entrecruzan el tiempo pasado y presente del saber de la tecnología, cuando el ayer era solo una ficción, dos generaciones cuya brecha fue marcada por esta era de la internet; completo relato que interpreta ese paso histórico de la humanidad.

Fascinantes todos estos mundos narrativos recreados mediante la palabra por su autora, invito a leer para viajar en estos ámbitos de la literatura del yo, con su propia magia y estilo que Margarita Henríquez nos señala, además, destaco su sentido de trascendencia innata de la vida humana.

Felicitaciones, estimada escritora, por el logro de este trabajo literario. Es un gran aporte a la cultura humana en tiempos complejos que vivimos y no podemos dejar de transmitir la memoria, a través de las manifestaciones del arte que nos dan sentido y como dice Emile Zola estamos aquí “para vivir en voz alta”.

Palmira Ramos Cruz

Profesora de Literatura y

Magíster en Educación

Poeta y escritora

Los Andes-Chile

Índice

DEDICATORIA.....3

RESEÑA DE LA AUTORA4

PREFACIO.....5

Prólogo..... 6

Índice 10

AGUAFIESTAS 13

KIOKU HO 17

EL BUS DE LA ETCE 47

LA PANADERA 67

DERECHOS LABORALES..... 70

LA CARTA QUE NO MANDÉ..... 72

EL PSICÓLOGO 75

DESPEDIDA 79

PERDER EL OREMUS 81

EL GATO PETECO 82

OBSTINACIÓN TERAPÉUTICA 86

CAMINA A MI LADO 88

¿COYOTE O CORRECAMINOS? 91

BEBÉS	97
MAMÁ DE MÚSICA.....	99
LA NOCHE MÁS TRISTE	101
ESTAMOS EN EL PICK.....	102
EL ZANCUDO HORACIO Y LA ARAÑA PETA.....	104
LA ARDILLA Y LA LIEBRE EN PANDEMIA	105
ANACAONA	107
ALMA-RANTA.....	109
¡SÓLO SÉ CALLAR!	113

AGUAFIESTAS

Octubre 11, 1973

La muchacha hizo una mueca torciendo la nariz hacia la mejilla izquierda, respiró hondo y apuró el paso.

Por los parlantes ubicados disimuladamente entre los pilares de madera y las vigas del techo, se escuchó la voz del agorero de turno anunciando que se dirigiría a la nación el “cuasi” excelentísimo jefe de gobierno, el comandante en jefe, el auto asumido, anticipadamente, cabecilla de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Los seiscientos pares de ojos que disfrutaban de la bien regada cena, celebrando interminablemente, día tras día, el pronunciamiento militar, se levantaron desde los excesivamente servidos platos; muchos de ellos jamás habrían probado las delicias de la cocina española, menos habrían pasado de los vulgares comedores de los clubes de oficiales o de los casinos del “perraje” como suelen decir ellos. Junto a sus parientes y amigos de la clase triunfadora, se alzaron como accionados por un resorte cuando resonaron los primeros compases de la canción nacional, todos se

llevaron la mano al pecho en un gesto de recogimiento patético.

La muchacha iba cargando una bandeja llena de botellas de finos vinos, muy superiores a esos que, tan injustamente, mostraron en la televisión para convencer a los espectadores del despilfarro del gobernante depuesto. Por segundos estuvo a punto de soltarla al medio del pasillo por el que transitaba, las fuerzas de sus brazos disminuyeron, el corazón casi le sube a la garganta, tragó saliva y en un gesto “juanadarquiano”, alzó la bandeja más alto, las botellas se volvieron leves en sus manos llenas de ira, capaces de estrujar un cuello hasta quitarle todo el aire. Apuró el tranco y pisó con pasos decididos que resonaban en los pisos encerados con esmero.

Posó la bandeja cargada en un mueble de arrimo de “finas maderas nobles”, según escuchó las alabanzas de los asombrados asistentes a la gran inauguración, coincidentemente, trece días después del infame día.

Resonó el metal de la bandeja y las botellas chocaron unas con otras peligrosamente. Tomó varias copas y platos usados, los apiló con rapidez y gran estruendo con la mano izquierda mientras con la derecha sacaba las botellas de la bandeja.

Todos los ojos que miraban de soslayo, asustados, conteniendo la respiración, sin siquiera atreverse a cantar el himno venerado, se volvieron hacia la muchacha, con asombro, incredulidad, reproche, odio, rabia, condena, al sentir que dejaba caer con toda la fuerza de su sangre caliente y sabia, todos los utensilios en la bandeja estruendosamente.

Nada se rompió sobre la bandeja, pero sí en los corazones helados de los asistentes al festín, fue como quebrarse el hielo sobre una pista de patinaje. La amargura ensombreció los rostros, una nube negra en esos momentos sublimes en que se aprontaban a escuchar al caudillo bienamado. Una descarga de bilis empujó algo ácido que subió hasta muchas gargantas.

La muchacha retomó su caminata con la bandeja cargada en dirección a la cocina, a cada tranco retumbaban los pasillos de maderas trabajadas con arte y dedicación. La sonrisa en el rostro de la muchacha iluminó el fondo del pasillo por donde se alejó cantando: “la sonrisa ancha, la lluvia en el pelo, no importaba nada, ibas a encontrarte, con él, con él, con él, con él...”

KIOKU HO

1968

El año 1968, mi familia y yo, llegamos a vivir a la primera casa propia, en una villa de San Bernardo, eran 1.000 casas, para las fuerzas armadas, en su mayoría del ejército, fuerza aérea y unos pocos marinos. Mi papá comentó que cerca vivía uno de sus compañeros del inicio de su carrera, que tenía una esposa muy buenamoza y educada, y dos hijas de mi edad, que estaban al final de la enseñanza media.

Ese año no había estudiado por haber estado mi mamá enferma y hospitalizada. A mí y a mi hermana menor, mi papá nos había llevado donde mi abuela materna, la que no había criado a mi mamá ni tampoco la quería. La dieron de alta poco antes de la entrega de las casas.

En algún momento nos empezamos a saludar con las dos muchachas, cuando íbamos con nuestros respectivos padres. Al año siguiente, yo entré al liceo nocturno de San Bernardo y un día que andaba comprando me topé con ellas, conversamos de estudios, me contaron que ellas se estaban preparando para entrar a la universidad, y desde un par de años iban a un lugar muy bueno, gratuito, donde se podía tener reforzamiento de los ramos que les pareciera estar más débiles y también preparación para la Prueba de Aptitud Académica.

Me dijeron: “como tú estás estudiando en el liceo nocturno, tal vez te interese participar en estas clases, nosotros te llevamos y te presentamos a la persona que te inscribirá, pídele permiso a tu papá y nos avisas”. Así lo hice, a la semana siguiente fui con ellas al centro de Santiago, a una calle sin salida, cerca de Mosquito, Pasaje Almirante Montt, a una casa señorial de dos o tres pisos, ahora sé que era la Residencia Universitaria del Opus Dei. Me presentaron a una secretaria muy amable, le explicaron que me interesaba matricularme en los cursos de reforzamiento y preparación para la prueba, porque yo quería estudiar periodismo, ellas me dejaron con la secretaria y se fueron a sus clases.

La secretaria me explicó que además podía entrar a clases de bordados, de modas, de tejidos, de repostería, de cocina y todo esto gratis. Yo le respondí, “creo que por ahora solo puedo venir uno o dos días por semana, tengo que ayudar en los quehaceres domésticos y cuidar a mi mamá”, ella insistió “por eso los cursos están diseñados para que después de dos horas de clases, de 40 minutos, las alumnas puedan asistir a una hora de las otras cosas, que también son importantes”.

Al final estuve dos años en esas clases, sólo las que me motivaron a ir; nunca entré a las de manualidades ni economía doméstica.

1971

Cuando cumplí 21 años, me fui de mi casa. Las relaciones familiares se habían deteriorado mucho, yo sentía que sobraba, la familia que componían mis padres y hermana seis años menor, era muy buena para ellos, además el año anterior yo había terminado un pololeo de tres años con un tipo maltratador y bastante psicópata, (ahora me recuerda a Ítalo Nolli) un motivo más para alejarme de San Bernardo.

Busqué trabajo por el diario, tenía una amiga cuatro años mayor, Inés, hermana de un sindicalista y de otro que salió elegido diputado en la última elección de marzo, antes del golpe. Ella se había casado a los dieciséis años con un militar de la Fach, 11 años mayor; tenía tres niños pequeños. Yo iba casi todos los días a su casa, por amistad y también porque comía más que en mi hogar y además, mucho más tranquila.

Ella le pidió el Mercurio del domingo a otra vecina, no me costó mucho encontrar una media docena de trabajos que me interesaron. El tema es que yo no tenía ni un peso para arrendar una pieza, que necesitaría como trabajadora y estudiante de fin de semana en Educoop, formado por estudiantes de la FECH, y que funcionaba en el colegio jesuita San Ignacio de calle Alonso Ovalle.

Me dio vergüenza comentarle a Inés, que los trabajos seleccionados que vería eran todos de niñera o empleada puertas adentro, total yo siempre le ayudaba a cuidar a sus niños pequeños, y también tenía experiencia cuidando a dos niños de 2 y 3 años, entre mis trece y catorce años, también ayudé a criar a mi hermana seis años menor, además casi era yo sola quien llevaba la casa.

Le dije que el día lunes llamaría a los teléfonos de contacto, desde un almacén del barrio. Me regaló bastantes monedas que puso en el bolsillo de mi bolso tejido a crochet. Así lo hice, me respondieron bien desde dos partes. En la primera, necesitaban urgente para que empezara a trabajar dentro de 72 horas. La segunda me gustó más, no era tan urgente, era para reemplazar a una joven que había dado el aviso que se casaría y se iría con su marido a trabajar al sur.

Eso significaba un poco de tiempo para organizar “el gran escape”, tenía claro que no podría hacerlo normalmente, decirle a mi papá: “me voy de la casa, soy mayor de edad desde hace dos meses, voy a trabajar y a seguir estudiando”. Según él, tenía que quedarme cuidar a mi mamá y a mi hermana menor, también a ayudarle con los quehaceres domésticos hasta los 35 años, después podía hacer lo que quisiera con mi vida. Estaba claro que mi papá ya presentaba los primeros síntomas de aterosclerosis EAI.

Me citaron para una entrevista el día jueves, tenían dos semanas para elegir entre las postulantes, era para cuidar y acompañar a una señora de 77 años, semi postrada, pero que se levantaba a caminar por su dormitorio, almorzaba con la familia los fines de semana, y se bañaba sola, pero había que estar pendiente por si necesitaba ayuda, prepararle la ropa, leerle, llevarle las comidas al dormitorio, pasarle sus medicamentos, encender y cambiarle la televisión, oír sus comentarios, apagar la tv y ponerle Radio El Conquistador y la Beethoven. Yo, ni sabía que existían, ahí conocí el FM.

Tendría libre los domingos y medio día en la semana, les comenté que estudiaba los sábados de 15 a 21 horas y domingos de 8 am a 15 horas. Que no me importaba tener libre en la semana. Se miraron la hija y su madre, la joven de compañía sonrió. Quedaron de avisarme si es que necesitaban más información, para eso yo tenía que llamar el lunes siguiente, a las 9 am.

En el departamento, además había una cocinera y una empleada, yo dormiría sola en la habitación contigua a la de las dos trabajadoras. Pero eso sería después que se fuera la joven que se iba a casar.

También vivía ahí otra señora, que llamaré A, hermana menor de la persona que yo cuidaría, tenía 68 años, no se hablaban, por algún lío del pasado, con el marido de la mayor, según la empleada jovencita, viudas las dos pero muy diferentes.

La señora A conversó varias veces conmigo, me enseñó a cocinar algunas cosas de la cocina española, porque ella se cocinaba aparte. Era jovial, un poco bromista, me preguntó por mis estudios y de dónde era. Le interesó mucho que yo quisiera estudiar periodismo, vespertino, después de terminar la secundaria. Ella me pasó sus llaves un par de veces para que fuera a buscar aceite, arroz, té y café, a una gran habitación abarrotada de mercaderías; otra vez me mandó a buscar conservas y pasta de dientes a la despensa, tan grande como la otra, también guardaban ahí rollos de papel higiénico, útiles de aseo y detergentes. Tuve claro que ellos jamás hicieron colas para comprar algún producto.

Toda esta familia eran propietarios de un edificio de cinco pisos, en el último estaba el dormitorio de las dos hermanas. En el segundo, tercer y cuarto piso, vivían las dos hijas con hijos y maridos, y un hijo soltero. Él pasaba a comer todos los días al quinto piso, para saludar y conversar un ratito con su mamá, luego desayunaba y algunas veces cenaba con ella.

El primer piso era el garaje, donde guardaban seis vehículos, entre autos y camionetas.

Cuando llamé al lunes siguiente, me dijeron que estaba entre las seleccionadas. Me hicieron algunas preguntas sobre mis padres y hermanos y hermanas.

Tomé como modelo la familia de mi amiga, les conté: “mi mamá falleció cuando yo tenía 13 años, mi papá murió el año pasado, y como yo quería seguir estudiando, y mis hermanas mayores y sus maridos no me dejaban, apenas cumplí los veintiún años me vine del campo a Santiago, donde una tía viuda, pero ella me dijo que ojalá fuera por poco tiempo, mientras encontraba trabajo. Por eso me matriculé para estudiar los fines de semana y así poder trabajar puertas adentro, para no darles problemas a mi tía y su nuevo marido.”

Me respondieron que llamara el segundo jueves de marzo, lo hice, ahí me dijeron que era yo la elegida, que me presentara el domingo al mediodía, para recibir las instrucciones y me instalara para empezar a trabajar al día siguiente, el lunes desde las 6:45 horas.

Con el nerviosismo del “gran escape”, el sábado a mediodía me accidenté en la cocina mientras trabajaba en la cocina, haciéndome un profundo corte en medio de la palma izquierda. Tuve que ir donde una enfermera que me curó y vendó la mano. Así que el domingo, a las 7 am, por fin cerré la puerta de la casa de mi familia, partí con mi bolso y cartera a crochet donde mi amiga Inés, y, por supuesto, a tomar desayuno con ella.

Ya estaba llevando mis pocas cosas donde mi amiga, desde que fui a la entrevista, ella también me prestó dos maletas bien bonitas, las había traído su marido desde Estados Unidos, donde estuvo seis meses por un curso sobre nuevos aviones, parte de su trabajo de la fuerza aérea (¿serían los nuevos Hawker Hunter?).

Le dije a mi amiga que trabajaría en una tienda de un matrimonio amigo de mi mamá, y me quedaría un tiempo en su casa. Mis amigos fueron periodistas de la revista Radiomanía, la verdad es que yo, con trece años, después del colegio, les cuidé los dos niños de dos y tres años, eso fue cuando ella se retiró de la revista y se puso a hacer unos cursos de moda infantil para luego instalar una tienda. Al llegar, me recibió la señora G, hija mayor de la señora que cuidaría, me dijo que dejara mis cosas en el dormitorio asignado, me presentó a la otra empleada, bien jovencita, bien rosada y rubia. La cocinera, algo mayor, me saludó muy amable, sonrió y salió, era su tarde libre. Se turnaban los domingos para las salidas y otro mediodía en la semana, eran algo así como las “supernumerarias auxiliares”.

Después que almorzamos con Teresa, vino la señora G y me dijo “venga al salón”, me fue presentando a la familia que todos los domingos almorzaban ahí: don Sancho, el hermano soltero, la otra hermana, con un hijo adolescente y el marido. Después me llevó al dormitorio de la madre, la señora S, muy silenciosa y que estuvo presente en parte de la primera entrevista.

Fueron muy educados, sonreían con moderación, más bien era una sonrisa como la de la Mona Lisa, tan fría como imagino la del Louvre.

La señora G dijo que me fuera a descansar a mi cuarto y aprovechara de conversar con Teresa, antes que fuera la hora de onces. Así lo hice, conversamos un rato largo, me contó de su familia, del Sur y de un pretendiente que veía solo en vacaciones.

Dijo que trabajaba con esa familia desde que salió de la enseñanza media. La fueron a buscar unas amigas de la señora más joven, que llamaré L, que conocían a su familia. Le comenté que yo estaba en eso, tratando de terminar la secundaria para después continuar en la universidad, estudiando periodismo, vespertino, para poder trabajar en el día.

Pero en mi caso, nada de nuevos enamorados, me había ido mal hasta el año anterior. Llegó la hora de terminar la charla, lo supe cuando sonó el reloj de pared del cuarto de servicio, al lado de la cocina comedor de diario, un repostero donde preparaban desayuno y onces.

Me puse a revisar el closet para instalar mis cosas, la parte de abajo estaba con muchas revistas, las metí en los cajones de un lado para instalar mis maletas, tenía que cuidarlas bien para devolverlas en buen estado, a mi amiga Inés. Colgué mi ropa, puse las prendas chicas en los dos cajones libres, encima puse mis cuadernos y algunos libros. Los que me quedaron, las dos grandes cajas con libros que fui sacando desde que cumplí 21 años, los llevé a guardar donde otras amigas, tres hermanas, compañeras del liceo nocturno y de un grupo de Teatro donde estuve entre los 17 y 19 años. Luego, increíblemente todos esos libros fueron a enriquecer y acompañar a muchos presos políticos en Argentina, la menor se había casado con un actor que salió en libertad cuando terminó la dictadura.

Así que al terminar tomé unas seis revistas y me acosté sobre la cama a leerlas. Elegí las dos primeras por la portada, donde estaban niñas escolares sonriendo felices, figuraban en jardines muy lindos, frente a edificios muy bonitos y grandes.

Al hojearlas fui viendo muchas fotografías de las niñas, profesoras y familias; algunas veces salían en sus casas, otras veces en la premiación de algo, y también sacerdotes, había uno que se repetía mucho, siempre sonriendo.

Se repetía el nombre, como alguien que dirigía la revista y los colegios de las niñas, muy cercano a las familias: José María Escrivá de Balaguer. Como yo tenía una gran carencia de familia, de esa que cuida y protege, carencia de colegio, carencia de vestuario, de alimentación, de infancia feliz, me impresionó mucho toda esa alegría desprendida de esas fotos y de los relatos que la acompañaban.

Recordaba a mis profesoras del pequeño colegio particular Hispano Americano, las hermanas Valdebenito, donde estudié el primer, tercer, quinto y sexto año de preparatoria, de las maravillas que nos contaban de la Unión Soviética, y de cómo el Estado les daba todo lo necesario para que los niños desarrollaran sus talentos y habilidades, de cómo fue surgiendo en mí la idea de que las familias eran nefastas, que solo servían para explotar y servirse de sus hijos. Además, yo asistía, desde el año anterior, a las sesiones formativas de la Juventud Socialista, en Londres 38.

El año que entré a estudiar el tercer año de enseñanza media, fueron varias veces unos muchachos a invitarnos, nos dejaban volantes, trípticos, diarios, y un día que andaba con ellos un joven que yo conocía desde la época del “pololo peligroso” de San Bernardo, que era asistente de contabilidad de una empresa de frutos del país, negocio de los padres de algunos de los amigos platudos, me decidí. Se trataba de Leonel Vigouroux, fallecido hace algunos años en Francia.

Ahí conversamos y fue por él que me decidí a ir a las charlas, junto con otras amigas, todas las semanas; les decía a mis papás que era obligatorio, porque era un reforzamiento para las estudiantes que estaban tan atrasadas como yo.

Todo se resolvió en mi mente con estas charlas, por un lado seguía pensando en el mundo ideal detrás de la cortina de hierro, al que muchas veces pensé en escaparme, aunque fuera de polizonte en un barco, por otro lado, la importancia de aportar a la sociedad donde me tocó nacer y vivir.

También me recordaba de las amigas allendistas de mi mamá, en el barrio Las Rejas, 1957 - 1958, y también de sus amigas en el año 1964 - 1965 en el paradero 30 de Gran Avenida. Y un poco antes, en 1959, de las conversaciones de mi mamá con la Sra. Elvira y su marido Mario, medio deschavetado, más hijo que esposo.

Mientras ellas conversaban, yo leía sus libros de historia de Chile, filosofía, historia antigua y política, también tenían libros de Pablo Neruda y Pablo de Rokha, Manuel Rojas, Oscar Castro, Mariano Latorre. Nos íbamos cuando mi hermana menor se quedaba dormida en los brazos de mi mamá.

También recuerdo a la familia Osses, don Leonel y su hermana Flor, la señora estuvo casada con alguien de apellido Garcés.

Tenían un hermano asesinado durante una huelga en el Sur, y del que nunca encontraron el cuerpo, creo que en Cautín, también nombraban mucho Yumbel, me recordó por muchos años la historia del Caminero Mendoza, del Temucano; iban casi todas las noches a tomar tecito con nosotras, unas tertulias donde a veces participaban otras vecinas; todo eso fue en los nueve años que mis papás estuvieron separados.

Creo que mi mamá echaba mucho de menos la época de Antofagasta, con sus hermanos mayores, cuando trabajó con ellos en el diario comunista El Popular, siendo soltera.

**

Mi estadía en ese trabajo solo duró dos meses. Como mi objetivo era juntar dinero para arrendar una pieza y buscar trabajo de lunes a viernes, ojalá de secretaria, aunque ganara poco, me puse a buscar un trabajo así; con el Mercurio del domingo, en mis cortos tiempos libres del lunes, no me fue nada de bien, no tenía gran preparación, solo un curso de dactilografía entre mis 14 y 15 años, por las tardes, tres días a la semana, en el comercial N° 9 de San Diego. Lo único que me pareció posible fue un aviso que decía. “Se necesita señorita con enseñanza media completa, buena presencia, para trabajo de 4 horas, de 20 a 24 horas, de lunes a sábado. Para Recepcionista de exclusivo Restaurant Sueco.”

Llamé en el horario que la señora mayor dormía la siesta, me tomaron los datos, les dije que solo podría ir a entrevista el sábado, de 15 a 21 horas, pensando faltar a clases un par de horas. Era en Providencia, Manuel Montt al llegar a Bilbao; yo no conocía ese sector, solo había andado por calle Lincoyán con Irarrázaval y Avda. Grecia, por el Estadio Nacional, cuando fui a un curso de natación, que no terminé por la psicopatía del “pololo apestoso”.

El sábado fui, se trataba de un exclusivo restaurant sueco, tal como decía el aviso, no muy grande, tenía capacidad para 95 personas, en tres comedores, solo llegaban clientes con reserva, de las Embajadas europeas, funcionaba sólo para cenar, de 20 a 24 horas.

La recepcionista entraba a las 19:30 horas, la administradora me dijo “si quiere comer, debe llegar a las 18:45 horas”, sólo debía recibir a las personas y acompañarlas hasta su mesa, de 2, 4 o 6, y “si ellos quieren llamar al garzón que los atiende y si éste no está cerca, usted le avisa al ayudante, un poco más joven, estudiante. Es un trabajo fácil y también puede recibir propinas extras, si alguien le pide que le traiga su abrigo del guardarropa, por ejemplo.”

Les expliqué lo de mis horarios de clases y que todavía no tenía mi licencia media, pero tenía cursos de Dactilografía, Primeros Auxilios de la Cruz Roja, y experiencia en Coros, Grupos de Teatro y Folklórico.

Al final me dijeron que llamara en tres días, lo hice así, y ahí me respondieron que se habían decidido por mí, les gustó mucho mi forma de hablar, mi interés en seguir estudiando, y que era independiente, sin hijos ni marido.

Coincidió con la fecha en que terminaba mis dos meses de prueba, así que tenía que dar el aviso y esperar a que me pagaran para poder arrendar una habitación cerca del restaurant sueco.

Les di el aviso que no seguiría trabajando, tal como me dijeron en la entrevista, que eran dos meses de prueba, para mí y para ellos también, por si yo no me acostumbraba.

La hija G de la señora mayor me dijo que tenía que darle un mes para buscar a otra persona, que yo no me podía ir, aunque terminara el período de prueba. La vi muy decidida a defender sus derechos de empleadora, sin importarle mi opinión y hacer valer sus derechos a como diera lugar. Así que cuando recibí el sueldo del mes, al firmar el recibo de pago, que era de un talonario doble de esos comunes que dicen afuera

Recibo de Dinero, tomé la decisión de irme a primera hora del domingo, que era la hora en que todos estaban en sus habitaciones, tal vez en oración, y porque ese día desayunaban a las 10 am.

Me fui sin ninguna duda, dejé las llaves en un sobre cerrado por debajo de la puerta de entrada. Me llevé mis dos maletas prestadas, el bolso cartera tejido a crochet por mí, más un gran cuello de piel negra, regalo de la señora A, junto con seis de las muchas revistas del Opus Dei que me había regalado la señora mayor S.

Nunca se me pasó por la mente que, tal vez, esas seis revistas ayudarían a que hoy esté viva.

Le arrendé una pieza a un matrimonio mayor, españoles, con una hija de unos 55 años, dueños de una zapatería en Irarrázaval con Villaseca, era una familia bien “franquista”, me espiaban, al subir la escala desde la entrada al living, a oscuras, me sentía observada desde los seis pares de ojos, porque dejaban las puertas de sus dormitorios abiertas, para que sólo me mantuviera en mi habitación o el cuarto de baño.

A las otras dos jóvenes que también arrendaban nunca las vi, tal vez por la diferencia de horario en mi segundo trabajo, en el restaurant sueco. Ahora funciona ahí el Centro Comercial Los Carros, porque todos los departamentos se convirtieron en galería comercial. Ahí yo empecé a juntar diarios uruguayos y chilenos, y unos cuadernos de la Marta Harnecker, el Diario del Che Guevara, libros del escritor y político Volodia Teitelboim, etcétera.

Se vino el golpe, yo estaba en la casa de mi amiga de San Bernardo, hermana de dirigente sindical y de Diputado electo en marzo, y cuñada de Marcelo O G F, Educador Sanitario y Director del hospital de Iquique, de 34 años, asesinado el 29 de septiembre de 1973 en Pisagua.

Hace pocos días, por una casualidad, me enteré que Víctor Jara estuvo en un acto a escasas tres cuadras de la casa de mi amiga, en una escuela básica de la población Tejas de Chena, había hijos de obreros, trabajadores civiles y militares. Tras la presentación de los estudiantes y discursos de las autoridades, le pidieron a Víctor Jara que interpretara algunas de sus canciones. Siempre solícito, tomó su guitarra y subió al escenario.

Entre otras canciones interpretó *El Hombre es un Creador*, de su álbum *La Población* de 1972. Este tema cuenta con una particular introducción tocada con una peineta y un papel, Víctor solicitó la participación de algún apoderado en la audiencia para hacer esa parte.

Se ofreció para ello el padre de uno de los alumnos premiados, suboficial del ejército, quien cumplió muy bien su función y terminaron abrazándose en medio de la ovación que siguió. Después de terminado el evento, Víctor Jara se subió a su renoleta blanca y se fue a buscar a su esposa Joan, a la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, regresaron a su hogar, en el último trayecto que hicieron juntos.

Me había cambiado de trabajo, y estaba a la espera de la inauguración de un restaurant vasco, El Caserío, demolido, donde actualmente está el Bavaria, propiedad de la familia K, de Manuel Montt 126, Providencia.

Fui a buscar algo de ropa el 14 de septiembre, a mi pieza arrendada, fui temprano, el toque de queda era a las 16 horas.

Cuando entré la cerradura de mi habitación estaba abierta, el corazón me dio un vuelco, vi encima de mi cama todas las revistas y diarios en fila: arriba las del Opus Dei, más abajo el Rodriguista, El Rebelde, Onda, Marcela, Ramona; el Diario del Che, los cuadernos formativos de Marta Harnecker, todos mis libros estaban al final.

Me dio mucho susto, dejé todo tal cual, a esa hora tal vez los españoles habrían ido a mirar su zapatería. Tenía una dirección de la calle Echaurren, de otra pensión donde arrendaba una compañera de Educoop, hacía pocos días me había comprometido a arrendar con la dueña por teléfono. Me fui llevando sólo mi ropa, antes le dejé una carta a la dueña de casa, la española, donde le decía: Me cambiaré cerca del nuevo trabajo, no pediré devolución de la garantía, ni tampoco de los 16 días que quedan de septiembre, en un par de días vendré a buscar el resto de mis cosas, gracias por todo. ¡Jamás regresé!

Le pagué el mes a la señora de la calle Echaurren, me instalé en la pieza que era con tres camas, compartida con otras dos jóvenes, me dijo la señora que las dos habían volado el día 13 a ver a sus familias, una a Los Andes, y mi compañera de estudios a Vallenar.

Dormí después de leer los poemas desgarradores que las dos escribieron sobre el golpe, el mismo 11 y el 12 de septiembre, quedaron en unos cuadernos sobre un velador y una cómoda escritorio. Nunca más supe de mi compañera, ni el nombre de la otra muchacha que no alcancé a conocer.

Sólo me pregunto ¿Por qué estoy viva? Las revistas del Opus Dei, ¿sirvieron de algo?

1980

Cuando ya tenía a mi segundo hijo, de 4 meses, fui con él a dar una vuelta al centro, con la intención de ver si todavía existía la institución donde asistí a reforzamiento cuando estudiaba en el liceo nocturno de San Bernardo, primero y segundo medio.

Al pararme frente a la casona, vi que estaban muy cuidados los jardines, con muchas flores, se acercó un jardinero o cuidador con uniforme, me preguntó “a quien busca señora”, le respondí que yo había estudiado ahí el 69 y 70 y quería saber si podía inscribirme en alguno de los cursos, si es que todavía hacían algo. Me dijo que entrara y subiera al segundo piso, que ahí estaban todas reunidas, ellas me podrían informar.

Subí por la misma escala de la primera vez, cuando mis amigas me llevaron a hablar con la secretaria.

Estaba un poco cambiado, la escala daba a un gran salón, con puertas dobles, entornadas, sentí voces, golpeé la puerta, y una voz de mujer me dijo adelante, entré a una sala amplia, al parecer habían unido varias salas de clases, 20 pares de ojos femeninos se volvieron a mirarme, luego sonrieron, la que estaba al frente me dijo “Bienvenida”. Otras dijeron “tome asiento”, lo hice en la última fila, acomodé a mi bebé que dormía, tapándolo bien con el pañal Bambino que llevaba para cubrirlo y protegerlo del sol de fines de febrero.

Ahí me di cuenta de que al lado derecho del fondo del salón, había una imagen de la Virgen María con Jesús en los brazos. Entre las caras que me sonrieron, reconocí a una media docena de las que había visto en la televisión, que en esos años, junto a la radio, era la única entretención que tenía en mi vida de dueña de casa y madre de dos niños.

Luego de un rato de poner atención, me di cuenta que se trataba de una charla de espiritualidad sobre la vida de la virgen, y cómo cada mujer debía tomarla como modelo de vida.

Me puse nerviosa porque mi hijo despertó, quiso llorar, le puse su chupete de entretenimiento, no me atreví a nada más, después de unos momentos sentí la guatita de mi guagua hacer unos inconfundibles sonidos, luego vi con horror que por sus piernecitas corría algo amarillo dorado, hasta sus “zapatitos calana”. Con rapidez saqué el otro pañal Bambino del bolso, medio lo envolví y velozmente me paré, diciendo “me disculpan, me tengo que retirar por mi bebé”, sonrieron algunas, otras miraban, incrédulas, al suelo alfombrado del pasillo que era decorado por mi hijo.

2023

Epílogo

Años después, vi en las noticias, que el nieto de la señora mayor que yo cuidé, había sido secuestrado, un poco antes del secuestro de Cristian Edwards del Río.

Fue paradójico, nuevamente vi algunas de las caras del salón con la virgen María en la televisión, algunas galardonadas con el premio Lenka Franulic, otorgado desde 1963 al periodismo femenino.

Me motivé a escribir estos recuerdos después de oír un diálogo entre un niño y una niña española, de unos 9 años, de internet.

“Eugenia, me alegra mucho saber que como tu mamá es la empleada de más confianza de mis padres, tú serás la empleada de mi familia cuando yo me case y tenga hijos.”

Unos días antes había escuchado un documental sobre personajes del Opus Dei en el Chile actual.

Ahora, por fin, estoy leyendo el libro de la periodista Premio Nacional de Periodismo 2009 María Olivia Monckeberg, “El Imperio del Opus Dei en Chile”.

Septiembre de 2023. Santiago de Chile

EL BUS DE LA ETCE

1971 - 1976

Esto podría empezar simplemente así: Corría el año 1976 en la comuna de Providencia, la hora, al borde del toque de queda. Pero mis recuerdos me llevan a verme saliendo, casi a medianoche, del restaurante español donde trabajaba desde el 24 de septiembre del 73.

Con 21 años, trabajando y estudiando, con las facilidades que había para eso en los comienzos de los años 70, solo por mejorar mis ingresos, renuncié al insuperable y exclusivo restaurante sueco donde trabajé desde marzo del 71 a agosto del 73.

Los dueños eran, como corresponde, suecos, integrantes de la familia Nielsen: padre, madre, cinco hijos, entre los 11 a 20 años y... la amante chilena con toda su familia: la madre era jefa de cocina, la hermana, estudiando secretariado ejecutivo bilingüe, trabajando en la caja por las noches, el hermano adolescente ayudante en el bar; en la sección repostería, la sobrina rozagante y alegre. Ah, me olvidaba de la ahijada, en el día en la universidad y en las noches en la guardarrope.

Fue una época hermosa, de revelaciones ante la vida aún desconocida que me esperaba a la vuelta de la esquina, de ese Manuel Montt con Bilbao. De apertura de la mente, de entender que no solo existían las familias “normales”, de padre en el trabajo, madre en la casa y niños en la escuela. De visitas a los abuelos después de misas los domingos y algunas matinés ocasionales.

Aprendí que había familias donde el padre trabajaba y vivía en el mismo lugar, que la rubia mamá trabajaba después de tomar el sol en bikini (que cabía en un puño de niño) y, solo si tenía ganas. Aprendí que la amante administradora y morena, se sacaba la mugre trabajando y que nunca tuvo tiempo para tomar el sol, ni sentarse a la sombra de los árboles del jardín. Sólo le bastaba recibir las caricias furtivas, los besos robados y los abrazos presurosos, en un pasillo en penumbras o a la vuelta de las estanterías, luego de revisar las bodegas llenas de abarrotes y de vinos.

El esbelto señor venido del oeste del Mar Báltico, desafiando el idioma, conquistando a la mestiza ilustrada de negros cabellos al viento. ¿Quién conquista, quién es el conquistado?

Demasiado agnóstico él, atea declarada ella, ex luterana la señora Nielsen, yo, voyeur sin elección ni destino.

Muchas veces fui testigo casual de los encuentros entre jefe y empleada, mientras me esmeraba en hacer los inventarios, corregir precios en los menús, hacer la lista de los faltantes en la cocina; avisar la llegada de los proveedores; recibirlos cuando no estaba ahí quien debía hacerlo. Cerraba mis oídos y ojos para no escuchar ni ver, a veces, los tacones de la administradora cuando se encaminaban a la bodega, tras los presurosos pasos del rubio escandinavo.

Los empleados de cocina y de comedores tenían su entretención propia, siempre estaban chismorreando sobre lo que se le vio o no a la sueca, otras comentando de quién y cuándo había espiado a la hija mayor, cual fue el día en que tomó sol sin bikini, y así seguían fisionando y entreteniendo la “húmeda”.

Cuándo me imaginaría que toda esa época tan simple, ese tiempo inocente y sin maldad terminaría abruptamente.

La memoria me lleva a los amplios comedores del restaurante español recién estrenado. Lleno total el día de la inauguración, 650 personas, más de la mitad sentadas cómodamente, las otras paradas ante las mesas rebosantes de bandejas con toda suerte de exquisiteces y bocadillos españoles. Vascos, madrileños, catalanes; gallegos, muy pocos, mucha discriminación entre estas gentes percibí ese día. Chilenos con la alegría de la comida y bebida gratis, algunos militares de galones y medallas al pecho con esposas, padres y retoños. En fin, mucha celebración, pero con la limitación del toque de queda a las 17 horas, sin olvidar que era 24 de septiembre del año 1973.

Desde ese día mi trabajo nunca más fue de oficina. Los siete comedores, las tres cocinas, los dos bares, el guardarropía, la recepción, esos fueron mis dominios, junto a mis treinta y cinco compañeras. Durante un tiempo trabajamos solo medio día, a las 17 y luego a las 18 horas todo el mundo volaba a sus casas.

Me cambié a dos cuadras para poder seguir trabajando sin correr el riesgo de ser detenida. Mucho dinero nos pagaban, poco nos duraba con gastos de taxis, y arriendos caros; era tirar el tiempo y el dinero a la basura.

Luego de algunos días me di cuenta que ya no podría seguir estudiando, era claro que en este nuevo trabajo, y con todos los cambios sociales, las relaciones laborales se habían deteriorado. Cómo me arrepentí de haber renunciado al trabajo de secretaria y recepcionista en Los Vikingos.

Cómo eché de menos el buen trato y la hermosa cena de despedida que me hicieron a fines de agosto. Fue en mi último día libre, el domingo estaba cerrado, pero nadie faltó a la cena organizada por estos suecos, administradora y contador incluido. Tengo el mejor recuerdo de todos mis compañeros y compañeras de trabajo. Tomaron 36 fotos con las cámaras de rollos que luego había que mandar a revelar. ¿Eran Kodak, eran Agfa o serían las Polaroid instantáneas?

Al transcurrir los meses, el toque de queda fue cada vez más corto. En los primeros meses del año 1974, empezaba a las 21 horas, en tres o cuatro ocasiones me topé con patrullas militares cuando iba a mi casa, 20 minutos antes de que empezara.

Me controlaban la identidad y me decían: ¿por qué anda a estas horas fuera de su casa? Por suerte, el restaurant español era de todo el gusto de los militares de la junta de gobierno y de sus colaboradores. Siempre les respondí: Señor, es que estaba atendiendo al General Herman Brady, ministro de defensa o al general Oscar Bonilla, ministro del interior y otras al mismísimo General Mendoza, y todo eso, en parte, era verdad. Quién los atendía era una talquina alta y rubia y su ayudante tan rubia y de ojos claros como ella, muy pocas veces pidieron mi ayuda, demasiado morena y con pelo desordenado nunca fui de su preferencia.

Se podían ver las luces de las motos policiales y las patrullas militares que acordonaban todo el sector donde estaban comiendo los generales, esos que nos tuvieron con toque de queda hasta el 2 de enero de 1987.

El año 1976 arrendé un departamento en avenida Tobalaba, tenía que tomar microbús o algunos de esos grandes, de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado, ETCE, no me gustaban, eran duros y bruscos en las frenadas, había que hacer contorsiones para no caerse al acercarse a la bajada.

Una de esas noches, de esas en que estaba más cansada, esperé y esperé en la esquina que pasara algún microbús de los que iban hasta más allá de Plaza Egaña o Lo Hermida, se acercaba el toque de queda y mis nervios estaban manifestándose en un fuerte dolor de estómago.

De pronto apareció uno de esos buses enormes, más grandes en la semioscuridad de la noche. El letrero decía N° 8 Mapocho – Irarrázaval

– Lo Hermida. No le hice ninguna señal para que parara, solo se detuvo y abrió la puerta, lo manejaba un hombre joven que mostró sus dientes al sonreír; me di cuenta que iba una media docena de personas, pero eso me animó a subir.

Iba una pareja de mediana edad, un par de hombres sentados en las filas del medio, otra mujer mayor en uno de los asientos laterales, un muchacho joven más atrás y que fumaba.

Me senté en el asiento detrás de la señora mayor, suspiré aliviada y quedé más tranquila.

Miré por los vidrios sin ver, dejando vagar los recuerdos, mis años en el restaurant sueco, la facilidad de mis tiempos para estudiar, los trabajos que muchas veces me autorizaron a realizar en una de las máquinas de escribir en mi horario laboral. Las salidas siempre a la hora para tomar la “liebre” hasta Irarrázaval con Campos de Deportes, luego mis caminatas hasta Irarrázaval pasado Pedro de Valdivia.

También añoré los recorridos a pie desde Bilbao cuando había paro de locomoción, fueron muchos, pero siempre era estimulante caminar pausadamente, mirando los árboles y jardines de las casas.

Cuando volví a la realidad, miré el reloj y me di cuenta que solo faltaban 15 minutos para que empezara el toque de queda. Me sorprendió ver que solo quedaba el muchacho del asiento de atrás.

El chofer me vio por el espejo justo cuando yo miré sobresaltada alrededor y detuve la mirada en él. Me dijo, — oiga, arrímese para acá, no vaya tan solita ahí. El corazón me dio un vuelco, le dije —no se preocupe, voy muy bien aquí.

— Ya pues, no sea guasa, o es que tiene miedo, miré hacia atrás y el muchacho me miró directo a los ojos. Recordé que andaba con cigarrillos en mi cartera, saqué uno y lo encendí, para ganar tiempo, no sé de qué, o tal vez, para decirme a mí misma que no tenía miedo ni tampoco era guasa. Cuando di la segunda pitada, otro revolcón del corazón, el muchacho estaba de pie y tocaba el timbre junto a la puerta trasera. El bus se detuvo, él bajó, y nuevamente el bus continuó la marcha.

El chofer insistió, — oiga, ¿va a venir a sentarse acá a mi lado o quiere que la vaya a buscar yo?

El tono de voz fue muy fuerte y autoritario. Me hice la valiente y me senté en el asiento de atrás del chofer.

— Acá nomás, no ve que voy fumando.

— Pero si yo también fumo, vea, enciendo un pucho para acompañarla a usted.

— Que gentileza la suya, le dije, mi padre siempre me dice que eso es escaso y hay que apreciarlo, como él es militar, le gusta mucho la gente educada.

Tiritaba, el dolor de estómago volvió y ahora fue mucho más fuerte. Me aclaré la garganta, aprovechando que el hombre me preguntó —¿y su papá es jubilado o está activo?

—Está en servicio activo, trabaja en el ministerio de defensa, mentí. —Es de la fuerza aérea, eso era verdad.

—Ah, igual que mi hermano, me va a tener que esperar un poco, tengo que dejarle un paquete a mi hermano, trabaja aquí en una fuente de soda de Plaza Egaña, estamos casi al lado.

Entonces me di cuenta que casi llegábamos al lugar. Dobló hacia la plaza y se detuvo frente a un negocio abierto. Me dijo, —oiga va a tener que bajar conmigo, yo no la puedo dejar arriba, mientras hablo con mi hermano se toma una bebida.

— Pero es que ya faltan pocos minutos para el toque de queda, no puedo arriesgarme a que me pille el “toque” protesté.

— Pero es que usted es re tonta, ¿no se ha dado cuenta que eso a mí me tiene sin cuidado? Yo soy de la DINE, mire, acá está mi credencial, y mi hermano es mi colaborador, me tiene información que yo paso a buscar todas las noches.

Temblé y casi me desmayo.

— No ve que estamos trabajando para eliminar el terrorismo, estamos llenos por todos lados de comunistas. ¿Su papi no le cuenta?

— Sí, algo cuenta pero es que mi mami es medio nerviosa y no la quiere incomodar con eso del marxismo-leninismo.

Entendió que hablábamos un idioma parecido, me tomó del brazo fuertemente y entramos a la fuente de soda, el hermano tenía corte de pelo militar, era mayor, según lo que dijo cuando me lo presentó, — “mi hermano, es mayor... dos veces”, y se rió mostrando mucho más que los dientes.

El “mayor” me sirvió una bebida, al chofer le sirvió una piscola, empezaron a hablar un poco apartados y en voz baja, le pasó algo que tenía en los bolsillos interiores de la chaqueta, no quise ver y giré la cabeza mirando al interior, donde imaginé estaría la cocina, por si ojala hubiera alguien.

Luego de unos momentos miraron hacia donde yo estaba, —ya pues tómese la bebida, nos vamos.

El “mayor” sonrió, con una mueca donde apenas abrió la boca me dijo

—¡Buenas noches, ojala no la reten en la casa!

Subimos al bus, mis dolores de estómago aumentaron, el corazón galopaba, el chofer me dijo, —ahora sí que se me sienta al lado, ¡es una orden! y usted sabe de órdenes, supongo que su papá la educó bien.

—Claro, eso es lo que mejor hizo mi papá, educarnos derechito a mis hermanos y a mí, por eso dos de mis hermanos están en la escuela de carabineros, inventé, y el más chico quiere ser detective.

—No me diga. Sí le digo, si me costó mucho que me dejaran trabajar, solo me dieron permiso cuando supieron que era para trabajar en la caja del restaurant preferido del general Mendoza.

El hombre seguía manejando más rápido, nos cruzamos varias veces con patrullas, me fijé que no lo hacían parar, él hacía cambios de luces, apagando y encendiendo varias veces. Al final dobló por la calle Arrieta hacia la cordillera, mi departamento estaba en Tobalaba con Grecia.

Se puso más hablador, decía que estábamos en zona militar monitoreada con equipos muy modernos, infrarrojos y otros que él ni siquiera sabía el nombre, que tenían los mejores hombres y tecnología para la guerra contra los traidores comunistas. Parecía que hablaba de extranjeros, nunca de otros chilenos y chilenas como él o como yo.

Me tomó la mano de repente, la quité y la introduje entre las mangas, entonces dijo, —qué le pasa, no sea esquiva. Me hice la tonta:

—Explíqueme cómo es eso de la técnica moderna, no lo entendí mucho.

—No, tecnología norteamericana, aclaró. Aquí está un centro militar especializado, se llama Villa Grimaldi, me seguí haciendo la Carmela de San Rosendo.

—Cómo la familia Grimaldi, de allá de Mónaco, mi madre es admiradora de Grace Kelly, si hasta tiene una revista Ecrán, bien antigua, es del matrimonio del príncipe con la actriz.

Ahora me tomó el brazo derecho, tratando de atraerme. Se lo quité diciéndole —me voy a fumar otro cigarrillo, ¿quiere uno?

Abrí la cartera, encendí mi pitillo y le insistí —bueno va a fumar o no.

—Ya, deme uno, aunque en estos momentos están viendo todo lo que pasa, desde que cruzamos el puente, están viéndonos por las cámaras de visión nocturna.

—Y hasta están escuchando lo que hablamos.

—Mire usted, quien lo diría, así es que están enterados de todo lo que estamos haciendo y hablando, mi papá y mis hermanos no me lo van a creer.

Detuvo el bus luego de haber recorrido unos 500 metros, dijo que esa era la entrada principal de Villa Grimaldi, que si quería hacía señas con las luces y nos abrirían para entrar, que él podía mostrarme todo el recinto ahora mismo si yo quería. Temblé más fuerte, casi me caigo del asiento, de solo pensar en entrar a un lugar desconocido y a la hora del toque de queda, me sentía enferma, y eso que en esa época era muy poco lo que se sabía de los horrores de los recintos de detención ilegales.

Recobré la calma y seguí la conversación.

— Usted me podría ir a buscar mañana al trabajo, así yo le aviso a mi papá y ahí podemos venir a conocer este lugar con permiso, creo que estaré mucho más tranquila que ahora. Mire que usted me tendrá que ir a dejar hasta la misma casa para que me crean, mi mamá debe estar con ataque surtido creyendo que caí presa.

— ¿Y por qué se tendría que preocupar tanto su mamá?

Me sobresalté ante el tono de la pregunta.

— Es que mis hermanos algunas veces comentan de las detenidas por infringir el toque de queda, pero bueno, es mejor que nos vamos.

— No pues, no sea tan apurona, nos vamos pero solo cuando yo diga, yo doy las órdenes aquí, no se le olvide. Fumaba aspirando y botando el humo con mucha fuerza. Era con rabia. Así lo sentí en un momento.

Pasé por alto sus resoplidos.

— Sí, lo entiendo, usted es oficial elegido, no de los del montón, se nota en la forma que emplea la voz, la sabe usar para dar órdenes.

— ¿Usted cree que se note?

— Sí, mi padre dice eso, es la forma como use el aire, como aprenda a usar la voz sacándola de las costillas, del estómago, eso hace la diferencia de los otros, de esos que ladran y gritan, sacan la voz asustada con mucho esfuerzo, desde la parte alta de la garganta.

— Oiga, sabe que me gustaría mucho conocer al oficial mayor.

—¿Y cómo supo que es oficial mayor? Parece que mi papá también disfrutará conversando con usted. Claro que eso será si nos vamos ahora mismo, además como están mirando y escuchándonos de todos lados, es mejor que no se sigan enterando de esta conversación.

El hombre encendió nuevamente el motor, mi corazón también aceleró el ritmo, mi estómago se contraía y hacía ruidos. Avanzó algunos metros hasta llegar donde pudo dar la vuelta. Nos fuimos, en silencio, sin hablar, saqué un lápiz y papel donde anoté una falsa dirección y un falso número telefónico.

Cuando cruzamos el puente le dije, déjeme frente al edificio nomás. Es ese. Salí, me di vuelta y le brindé una amable sonrisa, levanté la mano y la agité en una despedida final. Entre al portal entreabierto del edificio y subí. Subí, subí, subí, no paré hasta que dejé de escuchar el rugir del motor del bus perdiéndose en la oscuridad y el silencio total.

Agazapada en el último tramo de la escalera, echa un ovillo en el rincón del último descanso, me eche a llorar muy silenciosamente. Lloré una hora, más, no lo sé.

Cuando quedó todo tan silencioso que ni mi corazón hacía ruido, solo entonces me atreví a ponerme de pie. Bajé las escaleras, salí del edificio, miré en todas direcciones y corrí, corrí, corrí, como nunca pensé que podría hacerlo. Fueron tres cuabras en que me desprendí de todo el terror de ese par de horas, al menos así las sentí. Llegué, ahora sí, a mi edificio, subí tranquila, sin ninguna prisa, midiendo mi respiración y mis pasos.

Llegué ante la puerta de mi departamento en el cuarto piso. Abrí, no encendí la luz como cada noche al llegar. Caminé hasta mi dormitorio y me eché sobre la cama, Y ahí, por fin, me atreví a llorar de verdad, sin ninguna restricción, con rabia, humillación, pena, dolor.

Fue un llanto que duró hasta el amanecer, nunca había llorado así; los ojos hinchados, la cabeza que quería estallar. No fui capaz de tomar ni un vaso de agua, pasaron horas. Después de mediodía, me arrastré al baño, tomé agua a sorbos pequeños, me dolía tanto la garganta que casi no podía tragar. Desde luego, ese día ni el próximo fui a trabajar. Al día siguiente le tiré un papel por debajo de la puerta a mi vecina, para que llamara a mi trabajo y dijera que iría a trabajar al otro día, estaba con un fuerte resfrío y no tenía voz, por eso no pude llamar.

Ese día fue cuando lamenté, cómo nunca, de corazón,
mi renuncia al restaurante sueco tres años atrás.

LA PANADERA

Mi mano dibujó torpe, nerviosa, las feas letras sobre la pared blanqueada a la cal; el pedazo de carbón lo recogí de unos restos que le quedaron a la Lucy, cuando p'al dieciocho asó un pedazo de costillar.

Recuerdo que ya por esos días, el Lucho había empezado a levantarse más temprano, se lavaba un poco y me pedía – ¡Taty, sírveme!

Luego de tomar su té, salía a la calle, se paraba en la puerta, manos en los bolsillos y mirada de “por ahí ya va a aparecer”; silbaba suavcito una canción, (creo que le dicen El Puma al cantante ese) yo no sé bien, algunas veces lo oigo cuando todavía no he salido p'al trabajo, y mi vecina Lucy pone la Radio Cien a todo chanco.

El Manuelito ya había despertado, y me pedía su mamadera el día que el Lucho llegó a eso de las siete de la mañana, borracho, peleador, reclamando por qué yo no le hacía más empeño, que no le ponía tinca pa' vender las poleras en la feria, y yo la tonta, me sentía contenta porque estaba nuevamente en la casa, a mi lado, feliz cuando se tiró vestido sobre la cama, y medio rezongando todavía, se puso a roncar. Yo le comencé a sacar la ropa y aunque me costó un buen esfuerzo desabrocharle el cinturón, (su panza estaba más hinchada que otras veces) me sentía ansiosa y llena de vitalidad.

Después de ese día empecé a notarlo cada vez más distante, me hablaba sólo cuando quería que le sirviera algo de comer o doscientos pesos pa' cerveza y cigarrillos. Ya no hubo más su risa estridente, al jugar con la guagua o el Manuelito con su pelota de plástico, ni los gritos prepotentes, mandándome que me apurara en hacer la comida o que mudara de inmediato a la niña. Ya no tuve más sus caricias bruscas y su rodearme los hombros con la fuerza de sus brazos velludos y sudorosos.

Y no pude aguantar más, las medias noches sin dormir, el andar todos los días con los nervios de punta y rabiando con el pobre Manuel. Y esta noche me desvié hacia la panadería, cerrada ya, salí con el pretexto de comprar azúcar y me puse a escribir, con toda la rabia, desde el fondo de mi corazón: SEÑORA BEÑA POR FAVOR DEJE AL LUCHO, TATI.

**Publicado en julio de 1988, en Mujer/ Fempress, ganador del segundo lugar en El Cuento de la Mujer, realizado por Ediciones Cantalao*

DERECHOS LABORALES

Es un rito, quien quiera puede pasar y comprobarlo. Aunque el personaje cambie.

La vi por tercera vez este año, estoy segura que es la misma. Me extraña que los guardias no la corran, tal vez ninguna señora mañosa se ha quejado. Es una sensación dulce la que produce, al menos a mí, a otras personas les parece divertido, y a algún intolerante, molesta, se ve en el rictus de la boca y en la rapidez del movimiento de cabeza.

Se acomoda como si estuviera en el living de su casa, recoge las piernas; cambio la mirada y observo los movimientos de una mosca detrás del vidrio, con el rabillo del ojo veo que se durmió de nuevo, parece que entró en sueño profundo, la miró directo, justo cuando su labio inferior se relaja, se ve graciosa, me recuerda mi pequeño sobrino al dormir. La respiración es pausada, se ve muy tranquila.

Miro los objetos que tiene a su lado, un bolso negro, y una cartera azul colgada en bandolera, el bolso está agarrado de su brazo izquierdo, con dos vueltas, es previsora, a pesar de su juventud. La chaqueta se ve abrigada, y con las botas relucientes no debe sentir frío. Los jeans están con los correspondientes orificios a la moda.

Fugazmente recuerdo lo que fui a comprar, algunas provisiones para el fin de semana, ya estaba medio vacía la despensa. Aprovechando la hora más temprano de los viernes.

No sé qué me impulsa a continuar en las cercanías de la escala mecánica, es un lugar de ir y venir de gente.

Pero la joven durmiente me intriga. Me estoy volviendo una vieja copuchenta. Me acerco a un par de metros. La muchacha es despertada por su teléfono móvil, mira sorprendida a derecha e izquierda, saca el móvil, lo mira, al parecer rechaza la llamada, hace un gesto de molestia al apagar el celular. ¡Que no pueda tener ni una hora de paz! ¡Por la cresta!, la escucho decir, mientras baja del rellano del gran ventanal dirigiendo sus pasos a la escala mecánica.

LA CARTA QUE NO MANDÉ

Hola Manuel, donde te encuentres, acá, en otra galaxia, en un asteroide, o un planeta, así como el principito, espero que leas estas líneas. Recibí, no sé de quien, la noticia de tu mal, tengo una primera entrada en el whatsapp del 24 de marzo 2019, no puedo saber por qué eliminé su contenido, tal vez fue por negación, no lo sabré nunca.

Al revisar ayer, encontré esto del 10 de abril: Hola Manuel, espero que no sea tan duro el tratamiento, te mando mucha fuerza y cariño. Manitos sonriendo, sonrisas, tres rosas. Luego tu voz agradeciendo, mientras estabas en la quimio, como si se tratara de algo tan simple como un aniversario.

Hace unos días se me bloqueó el celular, empecé a eliminar contactos, entre ellos los de tus hijos, al parecer los tenía desde tu agravamiento. No apareció el tuyo para eliminarlo, lo tengo como Manuel Tall And. Desde ayer me puse a revisar, y ahí estabas, me sorprendió toda la comunicación, hay varios intercambios literarios, yo escribo, tú hablas, hay un par de opiniones y críticas sobre un joven poeta de Quilpué, él lo agradeció mucho...

Recuerdo que te conocí en Feria del Libro del 23 de abril 2017, en Plaza de Armas, luego te vi el 22 de julio en el Centro Cultural Gabriela Mistral “Gam”, para lanzamiento del libro de Sol, luego compartimos en tu casa, con los integrantes de Talleres Andamios. Te recuerdo acogedor y lleno de atenciones para todos tus amigos, con unos maravillosos jugos naturales, que ya tenías listos, luego hiciste más por el éxito que tuvieron. Irradiabas cariño y amistad. Contabas detalles del patio de tu casa, con satisfacción hablabas de los pájaros, los árboles, mil detalles, que no recuerdo, pero vuelvo a evocar, con ese tono de voz sencilla, como si hablaras del informe del tiempo.

Manuel, sabes que me quedé sin aprender tu método para las décimas, soy dura de cabeza para aprender: en tres ocasiones tuvimos visitantes Decimistas en el Taller, nunca les entendí mucho, a ti sí te habría entendido, con esa forma directa y simple, sin tantos rodeos, con empatía y, sobre todo, con afecto y respeto por otro ser vivo.

Amigo, me haces mucha falta, en tan corto tiempo lograste que tuviera total confianza. Te vi otra vez en la única sesión a la que asistí de talleres andamios, luego tres o cuatro veces en tu casa, para ir a buscar libros, hablábamos unos veinte minutos, sentía que te estaba quitando tiempo, que pronto emprenderías un viaje, que tenías que preparar tu equipaje, tus hijos estaban para ayudarte a empacar. Creo que me equivoqué, debes haber viajado muy ligero de equipaje.

¿Con quién podré compartir ahora, sin sentir vergüenza de preguntar?, ¿a quién le podré comentar de astros, pájaros, plantas y seres sintientes, sufrientes o felices?

No espero respuesta de esta carta, sigue tranquilo tu viaje, acá seguimos todos y todas, padeciendo tu ausencia, querido Manuel.

Isabel

**Publicado el 30 de julio de 2020 en Libro Homenaje al Escritor Manuel Paredes Parod “Una Campana, un Libro, un Abrazo”*

EL PSICÓLOGO

Sentí el golpe seco, al medio de la espalda, reventándome las vértebras dorsales. Caí a la calzada, mi pelo fue tironeado por la rueda trasera del microbús. No supe nada más.

Ahora estoy en esta cama de hospital, temiendo ver aparecer, por la puerta de la sala común, donde se comparte el dolor, el rostro sufriente de mi hijo, mi bello hijo.

No me importa la fealdad que se ha instalado en mi rostro, y sé que a los que me aman, les afectará al principio, pero luego mirarán hacia otro lado, rebobinarán, y con su mejor disposición, sonreirán haciendo un esfuerzo para no hacerme sentir mal.

Entiendo que todos, empezando por mi hijo, dan gracias de tenerme viva, y, con mi único ojo, más que con mi sonrisa, convertida en una mueca, les trasmito algo de ternura, al menos intento darle esa intención al verlos traspasar la puerta.

Mi hijo, tan parecido a mí, según los que nos veían por primera vez. La mirada rutinaria lo diluía en el tiempo. Ahora, la fuerza de las horrendas circunstancias que estoy viviendo, golpean las imágenes contra mis sienes, tratando de salir de mi cabeza. Y quiero correr, correr, correr... echar el reloj atrás, encaminar mis pasos hacia el bus oruga que se detuvo un minuto antes, subir, alejarme media docena de cuadras, inspeccionando a los pasajeros. Un año, o dos, tal vez no vuelva a caminar, dicen los más pesimistas. Pero una vacilación, evitando interferir con el trabajo de mis compañeros, y una rápida idea “me subo al próximo”, fue todo lo que cambió mi vida.

Mi vida y la de mi hijo iban a cambiar, sería mucho mejor con mi incorporación al trabajo, tanto que se esforzaba mi hermoso hijo, desde los 15 años, estudiando con ahínco, trabajando todos los fines de semana, feriados y vacaciones, apenas si fue a un par de fiestas en estos 9 años de esfuerzo, por eso, al acercarse al término de su carrera, decidí retomar el trabajo fuera de casa. Mi vecina compartió conmigo el éxito de su hermana y lo feliz que se encontraba con su propio dinero. Inspeccionar buses era algo que no estuvo jamás en su horizonte, pero ahora sí, y era además, entretenido.

Por eso no dudé en guardar la máquina de coser y los moldes, conos de hilos y tijeras; entregué los últimos buzos a mis clientas y cerrando la puerta del pequeño cuarto, me puse a bailar mientras cantaba “Despacito”, despacito, de a poquito, todo será mejorcito, para mí y mi hijito.

Los recuerdos desbordan mis ojos, un sabor amargo sube hasta mi boca, me tapo la cabeza con la sábana, el dolor en el lado derecho de mi cara aumenta, ojalá venga pronto la enfermera con los analgésicos, “y esto solo está comenzando, son varias cirugías las que le practicarán”, me dice cada vez que está de turno.

Tal vez la madre ni se imagine que su hijo fue capaz de desquitarse conmigo, quizás piense que lo están culpando injustamente, que tiene la convicción que fue un accidente. Sufrirá por su hijo, como yo sufro por el mío, su hijo se dirigía a presentar la defensa de su tesis, el mío la dejará en suspenso, ya no tiene tiempo para terminarla, cómo, si se pasa todos los días del trabajo al hospital, y las reuniones con los médicos y los abogados y para colmo, periodistas.

Lo único que no entenderé nunca, es porqué, este joven, al pelearse con mis dos compañeros, no descargó su enojo con ellos, por qué se dirigió hacia mí, que ni me había enterado de la disputa, y descargó toda su ira, con mi total vulnerabilidad, sobre mi espalda tirándome al paso del bus azul que sí era el que había elegido.

Pero de algo estoy segura, que mi hijo jamás habría actuado así, se habría peleado con los inspectores, habría reconocido su falta, o tal vez les habría soltado un par de insultos, pero nunca habría actuado a traición, ni menos contra una mujer. Sé que no fue tiempo perdido la educación que yo le di.

DESPEDIDA

Y lo recorrido no sea más que un recuerdo, un instante suspendido en el tiempo, en la eternidad.

Y la verdad me alcance y la vergüenza se rinda.

In Memoriam poema 50, Alfred Tennyson, inglés

Pero si a mi papá, en su funeral, le pasó algo similar, como era de la fuerza aérea, llegó un destacamento de una docena de uniformados a presentar sus respetos, con discurso del oficial a cargo, entrega de condolencias y de la bandera chilena a la viuda, que era mi mamá, y la acostumbrada salva de 21 petardazos (no solo los narcos lo usan); el asunto es que también hablaron cosas que no correspondía: mi papá nunca fue en misión a la Antártica, estuvo en Quintero con el capitán Roberto Parraguez Singer y todo su equipo, preparando el primer viaje aéreo a Isla de Pascua, pero el avión Catalina, llamado Manutara, no tenía gran capacidad, según mi papá, solo para ocho tripulantes, el noveno, era él, y se quedó en tierra, lo decía siempre con la mirada perdida en los cielos.

Y vino lo peor, mi papá se llamaba Pedro Francisco, y el homenaje era para Juan Pablo; mi cuñado se acercó al oficial para corregirlo en un murmullo, yo no pude seguir aguantando la risa, y la solté, mi hermana se volvió con una mirada queriéndome fulminar, desde ahí nos distanciamos.

Pero igualmente, fue sanador ese momento para mí, según lo que había dicho el oficial, me puse a atar cabos, me vino a la memoria que el viaje del Manutara fue el 19 de enero de 1951, y yo había nacido el 23 de diciembre de 1950, por lo tanto, tenía solo 26 días, me contaron que mi madre se enfermó del hígado a mis diez días de nacida, estuvo dos semanas hospitalizada.

¡Por fin! todo se iluminó en esa parte de mi historia. No fui la culpable de que mi papá no subiera al Manutara.

PERDER EL OREMUS

Me miraste sorprendida, incrédula ante la pregunta, aupándose al oremus desde mis seis años. Cuando lo recuperaste dijiste: bueno, hurtando la mirada para sumergirte en la luna del espejo biselado, herencia de la abuela católica, apostólica y romana.

Mis manos tomaron la cigarrera dorada, con urgencia sacaron mis dedos minúsculos el pitillo, presionó el dedito pulgar, salió la llama con un resplandor atemorizante, acerqué el cigarrillo a la flama y luego lo llevé a mi boca, aspirando, por fin, sintiendo el placer imaginado tantas veces, el sabor achocolatado que inundó el interior de mi boca.

Y quedó sellada para siempre, la secreta complicidad femenina, trascendiendo el vínculo madre hija. Esa que jamás puso en palabras el origen de la pitillera, ni tu afición por el tabaco fino, ni tus carreras a la ventana a la hora del crepúsculo, para aspirar el aroma del tabaco fumado por el hombre, marido de tu nueva amiga y vecina.

EL GATO PETECO

El gato Peteco era más bien negro con algunas manchitas blancas, lo que se dice usualmente “Un gatito overo”. Su mamá, por algún desconocido motivo, no quiso amamantarlo, a él ni a sus cuatro hermanitos; antes de las 24 horas de haberlos parido, los miró con poco interés, dio vuelta su cabeza gatuna y se fue del lugar.

Este era el hogar de una pareja que llevaban alrededor de un año de casados, la gata era parte de la casa cuando la arrendaron y, como la joven mujer era muy alegre y de buen corazón, no se complicó por la compañía de la gata de brillante pelaje negro. El esposo solo le comentó: Cuando nazca el niño tal vez sea mejor que no esté la gata... por los contagios y también por lo celosa del recién nacido...digo yo, la mujer le sonrió bonachona.

Todos los gatitos fueron repartidos entre los vecinos, menos el más inquieto y gritón, la mujer le llamó Peteco en recuerdo de uno ambicionado por ella en la niñez.

A medida que iban pasando las semanas Peteco crecía y engordaba que daba gusto, alimentado por la pareja, primero con gotario y luego con una pequeña mamadera. Estamos ensayando, se decían riendo. Peteco jugaba dando saltos y colgándose de los sillones y cortinas, otras veces saltaba desde un mueble a la cama y rodaba en un amasijo de pelos y patas blancas. Y era recompensado con golosinas, arrumacos y rasquidos de sus dueños.

Asomaba su nariz rosada un par de veces al día por el patio, se paseaba explorando la tierra y rápidamente volvía al interior de la casa. Al anochecer se ovillaba en un sillón y dormía como un ángel beatífico. Pero llegó el gran día. La joven mujer se fue a tener al niño, el marido respiraba ansioso yendo y viniendo, del trabajo al hospital, del hospital a las compras y nuevamente al trabajo. Esos días Peteco no comió y casi se moría de sed, un poco de agua dentro de los platos sucios lo salvó.

Cuando llegó la esposa con el bebé rosado y dormilón, ya no quedó tiempo para Peteco, solo le echaban agua en su plato de comer y algunas veces le dieron comida sobre una servilleta de papel, le costaba un poco sacar todos los restos y terminó muchas veces comiéndosela también. Pero lo que más lo ponía triste, era que ya no le celebraban sus juegos ni cariños. Lo apartaban con el pie o le decían: ¡sale de aquí gato!, ándate a tu lugar, al patio, a tomar sol, y... ya casi no había sol.

Peteco se puso flaco y sin brillo, era tan poco lo que comía, algunos días solo se alimentó de insectos, porque los pajarillos del patio no bajaban nunca; casi siempre se quedaba echado cerca de la puerta o bien al lado del sillón, pero no se animaba a subir, el corazón casi se le salía del susto con los gritos de la pareja. ¡Sal de aquí animal feo, no te acerques al niño!

Un día ya no tuvo más deseos de estar ahí, el bebé había ocupado su lugar, los cariños y arrumacos eran todos para él, la voz dulce de los padres hablándole al hijo le recordaba cuando él era “su gatito regalón”. Se fue, caminando asustado y saltando de techo en techo, se alejó mucho más caminando despacito, hasta quedar mirando acurrucado sobre una pared baja a una niñita que le sonrió y le tiró las manitos.

— Ven gatito, gatito, gatito lindo baja a jugar conmigo.
La madre se asomó al patio y la llamó:

— ¡Quena, aléjate de ese gato cochino! ¡Te puede
arañar! ¡No ves que los gatos son veleidosos!

OBSTINACIÓN TERAPÉUTICA

¡Bien desatinado el Mario!, como nos deja a pleno sol y sin las llaves.

— Bien maldito diría yo, al menos debió dejarte el control remoto.

Ese fue el diálogo de las dos mujeres dentro del automóvil.

Traspasé los pocos metros que separaban el estacionamiento de la farmacia y apuré el paso para evitar el sol de las 15 horas. Apreté el papel doblado en mi bolsillo, lo estrujé para hacerlo desaparecer, mis nudillos sintieron el esfuerzo, imaginé que estarían blancos por la falta de sangre.

Me sofocaba por el calor y la ansiedad, la respiración se hacía más dificultosa. La decisión ya estaba en marcha. Lo conversamos largamente. Cada año, cada mes, creo que desmenuzamos las últimas semanas, la visión moral de la iglesia, la ética, la opinión médica, la postura de su familia.

Eutanasia pasiva, eutanasia activa, buen morir, muerte digna, derecho humano a decidir...

Entro directo hasta el mesón, antes de enfrentar al farmacéutico, la imagen de las dos mujeres en el auto viene a mi cabeza, respiro hondo, saco el papel del bolsillo, lo estiro, lo aliso contra la superficie con la palma de mi mano húmeda. ¿Cuánto vale esto?

El rostro de las mujeres del auto se encienden, digo — necesito la receta completa, los rostros femeninos están rojos en mi mente. El farmacéutico me pasa las tres ampollas, las tres jeringas, el alcohol, mirándome muy fijo dice

— Son seiscientos veinte mil, en efectivo.

Pago y salgo deprisa, ya no hay nada que hacer. No es suicidio, no es crimen. Es no aceptar más ser conejillo de indias de medicamentos en experimentación.

Las mujeres miran furiosas al hombre que se acerca, sonriendo, con las llaves en la mano izquierda, en la derecha carga la bolsa con tres aguas minerales. Yo cargo en la izquierda la bolsa de la farmacia, en la derecha las llaves del automóvil de mi paciente.

Me siento más relajado, el ver la escena con los tres personajes bebiendo el líquido frío, alivia mi tensión. Una sonrisa distiende mis mejillas cuando recuerdo al anciano que con ansiedad me espera.

CAMINA A MI LADO

**Emily Brontë, del poema Ven, camina conmigo
Más seguro que el horror final,
inevitable como las estancias subterráneas
donde habitan los muertos y sus razones,
El tiempo, implacable, separa todos los corazones.*

Su mayor deseo es vivir cerca del mar.

“Solo pido tener un poquito de felicidad junto a mi
morena de risa furtiva”

¡No, imposible!, sesiones de terapia, supervisión de
tratamiento y control, clínica, casa, vuelta a la clínica,
casa. Son las cadenas que lo atan a la capital, tan lejos
de la costa amada. “Solíamos amar la noche estival.
Las caminatas interminables por el borde veraniego,
borderlineeeee, borderlineeee, borderlineee repetían
las olas, en la vastedad del Océano/mar Pacífico”.

Tan distante de la amada, no hay esperanzas. Las cadenas en sus manos, le queman la piel, el olor de la carne lo enloquece. Agita a izquierda y derecha los brazos, golpea con furia a quien se le ponga por delante. Visiones de la amada, allá en Centroamérica, con su piel canela, la sonrisa misteriosa, la mirada indiferente, que se aleja, se aleja, se aleja... hasta desaparecer de la escena. Es su voz, es ella, terciopelo es.

La odia, la detesta. La aborrece, la quiere destruir, ya no es digna de un segundo de su atención. Acomete con mayor fuerza las sombras que lo rodean, golpe tras golpe, arriba, abajo, a los lados, hasta caer con el certero disparo directo a su pecho.

No tuvo derecho a esa pequeña felicidad, le fue vedado. Su entrega incondicional no la pudo demostrar, tomados de la mano, caminando con ella, junto al mar.

¿COYOTE O CORRECAMINOS?

That is the question.

Mis hijos de pocos años abriendo su primer juego de consola, Atari Pong. Yo tratando de entender... la vida, a mis hijos, mi marido. Los niños se compadecen, sonríen, me explican: mamá, esto es más o menos así. El jugador, que puedes ser tú, (miradas inquietas entre los tres), usa un joystick para controlar a un personaje redondo y amarillo, que se sitúa en el centro de un laberinto, ves, acá está.

El objetivo del juego consiste en comer todos los puntos que se encuentran dispersos por el laberinto moviendo a Pac-Man, (será el monito guatón de boca grande, pienso) sobre ellos mientras evita a cuatro fantasmas. Cada vez que Pac-Man entra en contacto con un fantasma (murmuro entre dientes, eso jamás pasaría en el Correcaminos), muere, pierde una vida, y reaparece en el centro del laberinto. ¡Impensable!, o si no cómo se explica que el Coyote jamás pudiera saborear las escuálidas presas del pajarraco.

Mis hijos continúan, -mami escucha bien: cuando Pac-Man pierde todas sus vidas, el juego termina. Cuatro de los puntos son más grandes que los otros y hacen a Pac-Man temporalmente inmune a los fantasmas, momento en el cual Pac-Man puede comerse a los fantasmas para conseguir puntos extra, tras el cual el fantasma reaparece.

Mi hija mayor algo aclara, pero igual no entiendo: También se pueden obtener más puntos extra comiendo diversos objetos que aparecen ocasionalmente. Una vez que el jugador consigue comer todos los puntos, la fase es completada y se pasa a la siguiente. Comer, comiendo, debo hacer una escapada para hacerles la comida.

Estoy medio impresionada por el nuevo lenguaje de mis hijos, ¿será que lo estoy haciendo bien? Tantas horas de la feria a la cocina, de la cocina al almacén... de nuevo a las ollas, la dedicación y buena alimentación estarán haciendo su efecto, digo yo.

Recuerdo que un día vi en la TV una entrevista donde el Coyote charlaba con dos jóvenes viendo un programa sobre las partes comestibles de un Correcaminos, intentando explicarles su algo irracional obsesión por cazarlo. ¿Habrá pasado eso realmente? Me estaré volviendo loca, ¿o será un poco de estrés?

El Coyote también hizo comentarios sobre el lindo recipiente para cocinar correcaminos que era como el que su madre utilizaba para hacerlo, aparentemente él lo probó cuando era pequeño. Yo lo cocinaría al horno en una fuente reluciente.

Ahora mis hijos mayores están en “la media”, la menor en primer año básico, ayer les llegó su flamante PC, locura total. Felicidad por doquier. Solo me sobresalté por un par de minutos cuando la mayor dice, mamá, no te vayas a acercar al PC, déjanos a nosotros el trabajo de limpiar el polvo. El segundo de mis hijos dice, sí, no te vayas a meter al PC, le puedes borrar el “disco duro”. Qué será eso, los de vinilo no lo son tanto, por eso se quiebran y rayan.

En años de intercambio de cartas, tarjetas de saludo, telegramas y encomiendas, jamás vi que llegaran en pocos minutos como estos mágicos e-mails. Mi hija, luego de un par de meses, compasiva, me llama diciendo, mami, ¿quieres que te muestre como son los correos electrónicos? Mi sorpresa es mayúscula. Me siento a su lado y pongo todo mi empeño en entender: vuelan los términos “gringos”, web, date, reply-to, Hotmail, Outlook, Yahoo; web mail, phishing, spear phishing, spam, backdoor, keylogger, ETCE.

Usé muy bien el acelerador y el freno, el mousse y los disquetes. Muchos años pasaron hasta que pude dominar los correos electrónicos. Y sin “echarme el disco duro”. El Correcaminos y el Coyote siguen dándole trabajo a la compañía Acme, American Company That Makes Everything, Compañía Americana que Hace de Todo. Igualito que yo. Cuidar, cocinar, lavar, planchar, coser y tejer; consolar, ser confidente, guardar ahorros. Organizar cumpleaños, asistir a reuniones de curso, visitar médicos, dentistas, exámenes médicos por siaca, y un sin fin. La verdad es que algunas veces me gustaría mucho poder aumentar la velocidad de mis piernas, a 443 Km por hora estaría bien, con un simple bip-bip, tal como el Correcaminos.

En la década siguiente, un poco más de locura, con universidades, créditos fiscales, becas y cuotas morosas. Allá voy, de lleno, en caída libre, con Internet y todo, usando disquetes con Word, Power Point, Fotolog, Blogger, Skype.

Mis hijos avanzaron a Facebook, Twitter, Gmail; de los CD a los Pendrive; trolea, troll, y no sé cuantos más.

Con un par de bip-bip, fui yo la que acorté las distancias. Ellos hicieron una elegante “verónica” taurina y desaparecieron entre el humo de la última bomba marca Acme. Los veo allá un poco más lejos, entre las nuevas Instagram, hashtags, Escribir spoilers, trolls disruptivos, flamebait, flamewar, ETCE.

Nuevamente uso el freno, dejo que sea el Coyote quien me persiga: preparo tartaletas de arándanos y fresas, galletas sin gluten, pechugas de pollo marinadas estilo asiático. Tortillas españolas. Mote con huesillos, arroz con leche, canela y cáscara de limón; sopaipillas con zapallo y pasadas apenas llueve. El olfato y el gusto no se les han atrofiado.

Recuerdo, un día leí que Acme significa el punto más alto del desarrollo o desempeño. Mi duda es ¿por qué todo lo que el Coyote le compra a la Corporación Acme se vuelve en su contra o le salen fallados? Porque esto me está gustando cada vez más, hoy me enteré que todos esos memes que se llevan viendo y creando no son de otro planeta.

Creo que también aprenderé. Me informé que: Meme viene de la palabra griega "mimema", que significa "algo imitado", y representa una forma de propagación cultural, un medio para que la gente transmita memorias sociales e ideas culturales entre sí. Se transmiten a través de emails, foros, blogs o redes sociales y generalmente consisten en noticias extravagantes, frases cortadas, imágenes o video clips. Generalmente, los memes de Internet evolucionan con el tiempo a medida que son comentados, re-contextualizados o parodiados.

Definitivamente doy like a Internet, está muy buena y entretenida la carrera entre el Coyote y el Correcaminos.

BEBÉS

Agosto, 1931, Pampa Unión

Nenecita solo vivió seis meses. La carencia de alimentos, de tiempo, los conocimientos precarios, más alguna diarrea incontrolable y no muy bien tratada, el tiempo repartido entre el trabajo, la crianza de otros tres menores, se la llevaron. No hubo leche de ningún tipo para ella, ni madres que la pudieran amamantar, todas estaban desnutridas, con escasa leche. Época negra después de la crisis del 29. Ella nació en febrero del 31. Y no fue bienvenida, ya había otra niña próxima a entrar a la escuela más dos niños pequeños a los que todas las mujeres de la familia, madre, abuela, tía y hermanita, se esmeraban en cuidar con los escasos alimentos, pues los varones eran los preferidos.

El peor año que se recuerda en Chile, fue el año 31. La mortalidad infantil fue muy alta; poco a poco hizo reaccionar a médicos y gobernantes: del 30 al 50 hubo la pérdida de varios niños en la familia: hermanos, sobrinos, mi hermana mayor. Del 50 en adelante, la situación mejoró: yo tuve la suerte de nacer a finales de ese año.

Nenecita estaba siempre presente, fue la única hermana de mi madre. Con cinco hermanos varones ella le hizo mucha falta, Y no pasaba semana que no la recordara, con un cariño triste, añorando los juegos que no jugaron, las muñecas que no compartieron, las canciones que no le enseñó, la manito pequeña de la que no fue a la escuela tomada de la de su hermana mayor.

Extrañé siempre que tanto la madre como la abuela de Nenecita fueran indiferentes a su recuerdo. Sería culpa, o un duelo no realizado, reaccionando molestas ante la mínima evocación de su nombre. Solo yo escuchaba las vivencias de mi progenitora, una y otra vez, junto con la remembranza diaria de Glorita, su hija, mi hermana, fallecida a los tres años, cinco antes de que yo naciera.

Me hace feliz imaginarlas a todas, por fin reunidas: Manuela, Luzmira, Isolina, Nenecita, Gloria del Carmen y María Lucila, mi madre.

MAMÁ DE MÚSICA

“Elda la miraba irse, el sol del mediodía tragándose su leve sombra, y ella le envió un beso agitando la punta de sus dedos como las alas de un pajarito, ”Del Cuento Mamá de Niebla”, de Poldy Bird

Ellas bailan al ritmo de la música de Vals de Strauss, Cuentos de los Bosques de Viena, el Bolero de Ravel, la Danza Ritual del Fuego. El sol de las nueve de la mañana alumbrando el hermoso ojo mágico verde, en la puerta de entrada. Danzar y girar, danzar y tomarse de las manos, danzar y no saber del tiempo, el tiempo, el tiempo, nada es el tiempo.

Es el ojo mágico que despide destellos iridiscentes, el ojo mágico que se convierte en un plato, rebosante de alimentos, refulgente en cada vuelta de la música, las notas musicales vuelan por el espacio.

Tomadas por la cintura, soltar, girar, dar vueltas y más vueltas, el tiempo, qué es el tiempo, ante esas bellas melodías. La niña no sigue los movimientos, se hacen lentos, pierde el ritmo, desde el plato ojo mágico verde, ve salir volando tras las notas musicales, panes, dorados bollos, frutas, verduras, semillas, todo lo ve volando alrededor de su cara, envueltas en nubes tornasoladas.

La sonrisa de la madre se esfuma entre la niebla que lo invade todo. La música cesa, el tiempo se detiene.

LA NOCHE MÁS TRISTE

Pobrecita la María, tan blanca su cara, con el trajecito blanco en sus blancas manos. Y ella quiso ser madre desde niña, de una Blanca Nieves, cantarle canciones de cuna que acompañara su soledad. Llevan sus pasos la pesadumbre de una avalancha de blanca nieve sobre sus hombros.

Y blanca es la luz del portal que la recibe, pobrecita la María, y se hundirá para siempre en la oscuridad del desconsuelo eterno, pobre la María, ya no hay color en sus labios, es más blanco su rostro, es blanca la mortaja para su blanca niña de voz cantarina.

Pobrecita la María, ya no hay ni jamás habrá Nochebuena por los confines de su hogar. La negra noche se instaló en su alma por toda la eternidad. Cantarán los poetas por toda la tierra y su pena y su desdicha no acabarán jamás.

ESTAMOS EN EL PICK

¿Los tiempos mejores serán estos? Ollas comunes impulsadas por alcaldes variopintos, militares repartiendo lentejas calientes a pobladores de Conchalí; el frío aumenta, sobre todo para los que están fuera de los consulados, esperando el “vuelo humanitario”.

Pero yo veo todo desde el calorcito de mi habitación, la despensa se mantiene casi llena, espero, no sé si serán los últimos meses; todos a la espera de los cambios, algunos los verán, muchos no.

Casi mil muertos hoy, a pesar de las mentiras del poder, en unos días más el olor no perdonará, entrará por todos los resquicios “legales” y no tanto.

Desde la calidez de mi cuarto, frente al computador, pasan los días administrando el sitio anti delincuencia. Ya se acabaron los incómodos días de tratamiento... la “nana” emite un grito: ¡se me salió el agua de la lavadora! Pobre, es su trabajo, para eso se le paga muy bien, el sueldo mínimo de cualquier trabajador. ¡No más delincuencia!

La última imagen. Llegó el momento de colgarse, lanzarse por el balcón o meter los dedos en el enchufe, quiero despedirme con el recuerdo de unas manos cálidas, acomodándome, persistentes, los tirantes del sostén.

EL ZANCUDO HORACIO Y LA ARAÑA PETA

Estaba el Zancudo Horacio dando sus acostumbradas volteretas por la habitación, salía del borde de la puerta del clóset, volaba en línea recta, luego en espiral, después en círculos, y al final, cansadísimo, se posaba al medio de la pared, al lado del cuadro que tanto le gustaba y no se cansaba de mirar, y como era habitual se lamentaba "si yo hubiera sido pintor, qué bellezas pintaría".

Lo escuchó la vecina Peta, una araña bonachona con patas rayadas, que no le hacía mal a nadie, "otra vez Horacio, con tu Toc de volar en círculos", "eso te marea, niño, acepta que nunca serás pintor", "Sí, lo sé doña Peta, igual que usted jamás podrá tocar el arpa, aunque tenga ocho patas". "Pero no te burles, es que yo nací dentro del reloj de pared, y me quedé sorda con todo ese Tic Tac".

Horacio no se da por vencido y le dice a doña Peta: "Al menos yo podré pintar en el minuto final de mi existencia, quedará un hermoso color rojo en la pared".

Moraleja:

"Nunca te des por vencido, aunque sea un éxito póstumo."

LA ARDILLA Y LA LIEBRE EN PANDEMIA

Andaba la Ardilla de compras en el mercado, muy enmascarada y protegida del Covid. Compartía su hogar con una Liebre muy amistosa y trabajadora. Al regresar, se encontró con la Liebre muy agobiada, y esto le contó: mientras ella regaba el jardín, salió un momento a barrer la vereda, hacía muchas semanas que no lo hacía, y ahí se encontró con una perrita blanca, cachorra, muy asustada, que con mucha rapidez se introdujo al jardín, tiritando de susto.

No fue capaz de echarla a la calle, menos al ver que la perrita tomaba agua con ansias de las pozas del jardín. Fue a la cocina a buscar un pocillo que llenó de agua. Al dar la vuelta, casi tropieza con la perrita que se introdujo al patio, escondiéndose en un rincón.

La Ardilla le preguntó: “¿Y dónde está? Hay que darle de comer, si es pequeña tal vez la alimentaba su mamá”. La Liebre vertió un poco de leche, un trozo de pan y queso, y partió tras la Ardilla, que en unos cuantos saltos llegó donde estaba la cachorrita. La Liebre le acercó el pocillo y el plato, las dos intentaron tocarla:

—Perrita, perrita linda, nadie te obligará a nada, puedes comer cuando tú quieras.

La perrita más se encogía, asustada.

La Liebre y la Ardilla se instalaron muy cerca para hablarle:

—Perrita, eres tan frágil y pequeña, y tienes tanto miedo, sólo podemos decirte que no debes temer nada, que si te perdiste de tu mamá, y no sabes regresar, acá tienes un hogar. Mira que rico está este pan, con la leche y el queso tu hambre saciarás.

Se miraron sonriendo.

- ¿Qué hacemos con ella?

La Liebre le dijo a la Ardilla

- Por mi parte que se quede.

- Por la mía también —respondió la Ardilla.

Se tomaron de las manos, cantaron y bailaron una ronda, alegres, cuando la perrita salió de su escondite y se acercó al pocillo con leche. Celebraron con una canción: “Caballito Colorado, corre, corre sin parar, que llevamos a la Reina, zapatitos de cristal”.

- La llamaremos Greta, será nuestra hija y nos acompañará.

Siguieron cantando y bailando mientras la cachorrita Greta engullía su leche y el pan con queso.

Moraleja:

“Donde comen dos, comen tres”

ANACAONA

Kamisaki Kullaquita (como estás hermana) Aimara

Enagua, enaguas, enaguas blancas, flotando por los aires, en jirones, mojadas de llanto, lágrimas chorreantes, caritas bañadas de lluvia, cuerpos ultrajados. Avergonzados.

Trapos húmedos del sudor del miedo, horror que las mantiene agazapadas, en el rincón más oscuro del mesón protector, caritativas manos de quiosquera, que saben trabajar antes del nacimiento del alba.

Alcohol masacrador del alma, enarbolando el hacha “justiciera”, clamando venganza por ese rostro, que ofende, tan igual a la madre odiada, inocente en su mirada de venado sureño, ausente en su no-culpa sobre el mueble del viudo solitario.

Madrastra abuela, ayuda para el padre cansado, nunca protectora ni madre ternura, cómo, si el otoño tardío no reconoce el sentimiento.

Dos corazones al ritmo hermano de igual sangre, comprimiendo las manos con vigor, dispuestas a luchar por su vida, a costa de disimulo, de sumisión, de hacerse invisibles, silenciosas, hasta ese momento, triunfales, descargando el hacha, sobre los vapores exudados del cuello repugnante.

ALMA-RANTA

Askisumaurupanay kullakita (que tengas un muy buen día hermanita) Aymara

Por el hoyo del techo espían las estrellas titilantes, Marte rojo de furia guerrera, de sangre inocente estallando en las venas. Su mente recorre desesperada, recordando, las líneas sobre la página cinco del Diccionario: Amaranta.

“Naturaleza emotiva que todo lo aprovecha. Se expresa por medio del método, la ejecución y la jerarquía. Ama lo sólido, lo que crece y lo Protege. Le gusta sentirse Segura”.

Su abuela pentecostal “ungidora” de vecinos, estará muy segura que ella está a salvo con Ulises aspirante a oficial, ¡error! él moviéndose cada vez más frenético sobre su pequeña humanidad. La sucia mano de Ulises le cubre toda la boca y parte de la nariz.

En su cabecita corren desorbitados los ojos sobre la página blanca y las estrellas:

“Se amolda a todo. Se expresa en la jovialidad, la amenidad y la prodigalidad. Ama la dignidad y el renombre, lo bello, lo que crece y engrandece”.

—Ulises, tienes que ayudarme a cuidar a tu hermanita para que crezca sanita y linda, -recomendaba la voz de la madre antes de fallecer.

Y los ojitos van y vienen del libro a la profundidad estrellada de septiembre:

“Significado de Amaranta: Nombre Femenino de origen Griego. La que no decae, la que no se marchita.”

¡La que no grita, no denuncia! y tiene la risa helada por el miedo, la que odia las noches estrelladas en primavera.

“Podría destacar en profesiones como científica, profesora, ocultista, escritora, horticultora, inventora, abogada, actriz, analista o líder religioso”.

Su presente es algo diferente: Destacada en colgar del autobús a las 6 de la mañana, destaca en acatar sumisa las órdenes de la “patrona”; destaca en “limpiar muy bien los sanitarios y cristales”.

Destacada en volar profundo tras su alma que la abandona por el hueco del techo allá por sus lejanos nueve años.

¡SÓLO SÉ CALLAR!

Ante la declaración inesperada. Después de cincuenta y tres años. ¿Era necesaria?

“Siempre fui un axólotl, siempre quise que fueras una axólotl, vivir dentro de una pecera sin movernos, contemplándonos, mirándonos “hacer siluetas de amor bajo la luna.” Sálvame, sálvanos, “porque no sé saciar esta locura, de vivir siempre mojado en ti, mutilado de esperanza y de razón”.

Sí, era necesaria, es mi consuelo, ahora que ya no viene por acá, porque no se enteró el día que me miró largo rato, cuando volvió la cabeza bruscamente y se marchó, no se dio cuenta que yo Soy una axólotl y ya no puedo hablar.

*Este libro se terminó de imprimir en Valparaíso,
el 20 de Noviembre de 2023*